

ALTERNATIVAS AL EJERCICIO DEL PRIMADO

Asumiendo el costo de la unidad de los cristianos

En junio de 1996 se celebraba en Oxford el Centenario del Champion Hall, College vinculado a la memoria de San Edmund Champion, jesuita que en 1581 fue condenado a muerte en Inglaterra por no renegar del Primado del Papa. El 28 del mismo mes y con ocasión de dicho Centenario John R. Quinn, Arzobispo emérito de San Francisco de California, pronunció una conferencia que obtuvo un gran eco. Dicha conferencia, que han reproducido varias revistas inglesas y que ha sido traducido a distintas lenguas, quiere responder a la invitación realizada por Juan Pablo II en su Encíclica Ut Unum Sint del 25.05.1995 para encontrar —entre todos— una nueva vía para el ejercicio del Primado, que abra el camino a la unidad de los cristianos.

The claims of the papacy and the costly call to unity, The Month 29 (1996) 414-425.

El reto de Juan Pablo II

En su Encíclica *Ut Unum Sint* Juan Pablo II afirmó:

La convicción de la Iglesia Católica de que, fiel a la Tradición Apostólica y a la fe de los Padres, ha preservado en el ministerio del Obispo de Roma el signo visible y la garantía de la unidad constituye una dificultad para muchos otros cristianos, cuya memoria está marcada por determinados hechos dolorosos. En la medida en que somos responsables de estos hechos, uno mi voz a la de mi predecesor Pablo VI para pedir perdón (nº 88).

El Papa admite plenamente que ha habido hechos dolorosos que han vulnerado la unidad entre los cristianos y que, junto con otros, también los papas han de aceptar su parte de responsabilidad en ellos. Este sincero recono-

cimiento y la petición de perdón sitúa al Papa en línea con Pedro. Un estudio del primitivo arte cristiano revela que, después de Cristo, una de las imágenes más frecuentes en los primeros siglos es la de Pedro llorando su pecado. El Papa se identifica aquí con Pedro.

Luego, refiriéndose especialmente a la Iglesia Ortodoxa, prosigue:

Pido insistentemente al Espíritu Santo que haga brillar su luz sobre nosotros, iluminando a los pastores y teólogos de nuestras Iglesias, para que —por supuesto, juntos— busquemos las formas en las que el ministerio de Pedro pueda llevar a cabo un servicio de amor reconocido por todos los involucrados.

Y finalmente lanza este desafío:

Esta es una tarea inmensa, que

no podemos declinar, pero que tampoco puedo realizar yo solo. La real, pero imperfecta, comunión que existe entre nosotros ¿no podría persuadir a los líderes de las Iglesias y a sus teólogos a que se comprometan conmigo a un diálogo paciente y fraternal, en el que, dejando atrás inútiles controversias, pudiésemos escucharnos unos a otros con la mirada fija exclusivamente en la voluntad de Cristo para su Iglesia?

¿Cuál es, para el Papa, el objetivo de este diálogo? Encontrar una forma de ejercer el Primado que, sin renunciar a lo que es esencial a su misión, esté, no obstante, abierta a una nueva situación.

Desde hace una treintena de años el diálogo oficial entre las Iglesias, llevado a cabo por historiadores y teólogos, ha abordado cuestiones históricas y doctrinales sobre el papado. En cambio, aquí el Papa introduce una cuestión nueva e importante: *una forma de ejercer el Primado (...) abierta a una situación nueva*. El Papa distingue, pues, entre la *sustancia* del oficio papal —*lo esencial a su misión*— y su *estilo* —las formas, históricamente condicionadas, que dicho oficio ha adoptado—.

El mismo Papa ve que debe haber formas nuevas de ejercer el Primado ahora que la Iglesia se acerca al umbral de un nuevo milenio. ¿Cómo puede el papado ganar credibilidad? ¿Cómo puede dirigirse al mundo contemporáneo con una mayor eficacia?

Los que respondan a la demanda del Papa han de tener presente la naturaleza paradójica del proyecto que emprenden. El Papa pide que se consideren pública-

mente las nuevas formas que puede revestir el ministerio petrino. Pero uno no puede proponer la necesidad de formas nuevas, a no ser que las pasadas o las actuales se consideren inadecuadas. Y esto significa embarcarse en una prudente crítica. Esto si se quiere dar una respuesta atenta y leal a la demanda del Papa.

Sin embargo, justo esta respuesta que brota de la obediencia puede ser mal interpretada como crítica negativa, como si uno se distanciase de la Santa Sede. Exactamente lo contrario es verdadero. Es el propio Papa el que nos pide una crítica honesta y seria. Y tiene derecho a esperar que esta demanda sea atendida por los que reconocen y respetan el Primado del Romano Pontífice.

Una «situación nueva»

Esta «situación nueva» viene determinada por la caída del muro de Berlín, el colapso de la dictadura comunista, el despertar de China, el movimiento hacia la unificación europea, una conciencia nueva y ampliamente extendida de la dignidad de la mujer, la existencia de una inmensa diversidad cultural en la Iglesia, una sed insistente de unidad de la Iglesia. No es sólo política, económica, cultural y tecnológica. Se caracteriza por un nuevo talante. La gente piensa y reacciona diferente, tiene aspiraciones y esperanzas nuevas, posee un sentido nuevo de la dignidad que confiere el bautismo y de la responsabilidad que por el bautismo asumimos respecto a la misión de la Iglesia.

En esta «situación nueva» la Iglesia afronta grandes retos. Se calcula que, para el año 2000, en el mundo habrá más de 50 millones de refugiados. El abismo entre las naciones ricas y las pobres se hace cada vez más profundo. África corre el riesgo de convertirse en un continente marginado. Y un gran número de católicos llaman a la puerta de las sectas o de otras religiones.

Para el Primado, esta «situación nueva» es comparable con la que afrontó la primitiva Iglesia cuando, abandonando las exigencias de la ley mosaica, emprendió la misión a los gentiles. Es claro que hubo que tener gran visión y mucho coraje. Porque razones en contra las había muchas. Y de ahí la fuerte y dura oposición. Ésta llegó hasta tal punto que algunos investigadores piensan que hay razones para afirmar que fueron miembros ultraconservadores de la comunidad cristiana de Roma los que, contrarios a los cambios introducidos por Pedro y Pablo, los denunciaron a las autoridades romanas y provocaron su detención y posterior ejecución. También hoy existen en la Iglesia divisiones con las presiones concomitantes que tienden hacia direcciones opuestas. Se requieren decisiones duras y costosas.

La Iglesia y, en particular, el papado han de responder a esta «situación nueva». Juan Pablo II ha tenido el coraje de preguntar cómo puede ejercerse el Primado de una forma que esté abierta a este gran drama cósmico.

Mi experiencia como obispo durante unos treinta años, como

Presidente de la Conferencia episcopal norteamericana y como Delegado Pontificio para la vida religiosa en los Estados Unidos ha implicado un contacto estrecho y frecuente con el Papa y con los dicasterios romanos. Es a la luz de esta experiencia personal que deseo proponer mi respuesta a la invitación que nos hace el Papa a repensar con él el estilo, la manera de ejercer el ministerio papal «abierto a la nueva situación».

Primero expondré mi experiencia personal con el papado. Luego abordaré la necesidad de una reforma estructural, a lo que seguirán algunas observaciones sobre la colegialidad y sobre el principio de subsidiariedad en la Iglesia. Finalmente trataré del imperativo fundamental en la búsqueda de una nueva alternativa en una situación nueva: el imperativo de la voluntad de Dios y su importancia para la unidad de los cristianos.

Cooperación fraternal

Cuando en 1983 Juan Pablo II me nombró Delegado Pontificio para la vida religiosa me dijo que personalmente estaba muy interesado en el tema y que deseaba verme a menudo para ser informado sobre el mismo. Así que siempre que lo solicité fui recibido por el Papa, el cual me dedicó todo el tiempo que necesitaba. Fui siempre franco con él y expuse mis puntos de vista y mis proyectos. Nunca el Papa los rechazó ni me impuso una línea de acción. A menudo calificaba nuestras en-

trevistas de actos de colegialidad. Para mí se trataba de una colaboración fraternal, por la que el Papa me confiaba una responsabilidad y me apoyaba ante alguna oposición tanto de la Curia como de los Estados Unidos.

La misma experiencia hice cuando desde 1987 a 1989 participé con dos Cardenales norteamericanos en la Comisión papal encargada de resolver problemas en la Archidiócesis de Seattle. Cuando la Comisión mantenía puntos de vista distintos a los de la Curia, casi sin excepción, el Papa apoyó la postura de la Comisión.

El Papa actúa, pues, en términos de colaboración. Su estilo personal está marcado por una disposición a escuchar y una apertura en solicitar ayuda. Sin embargo, aquí no se trata tanto de colegialidad como de colaboración por parte de los obispos en iniciativas tomadas por el Papa. En cambio, la Encíclica habla específicamente de colegialidad: *Cuando la Iglesia Católica afirma que la función del Obispo de Roma responde a la voluntad de Cristo, no separa dicha función de la misión encomendada a todo el cuerpo de los obispos, que son también «vicarios y embajadores de Cristo».* *El Obispo de Roma es un miembro del «Colegio», y los obispos son sus hermanos en el ministerio* (nº 95).

La unidad de la que el Papa es signo y garantía se expresa y se realiza, ante todo, en esta relación con el Colegio de obispos. Esta unidad colegial es el paradigma para todas las demás formas en las que el Papa es signo y garantía

de unidad. En cambio, la colaboración de los obispos en tareas que el Papa les encomienda específicamente no colma la colegialidad. A los obispos se les asigna la «colegialidad» porque justamente — con el Papa — tienen de Cristo la responsabilidad sobre toda la Iglesia. Tienen, pues, recibida de Cristo la responsabilidad de tomar iniciativas en orden a la misión de la Iglesia. No existe colegialidad en sentido pleno, si los obispos se limitan a ser receptores de las iniciativas y las directrices papales. Los obispos no están sólo *sub Petro*. Están también *cum Petro*.

Reforma moral frente a reforma estructural

Preguntar por las alternativas del ejercicio del Primado equivale a plantear la cuestión de la reforma del papado. Yves Congar, nombrado tardíamente cardenal, señaló ya lo inadecuado de una reforma puramente «moral», o sea, una reforma de las actitudes. Él pensaba que una auténtica reforma debe afectar a las estructuras. Recordaba la lección de la historia: la santidad personal por sí misma no es suficiente para efectuar un cambio y situaciones que reclamaban a gritos un cambio han coexistido con una gran santidad.

Congar se enfrenta a un reto insoslayable y fundamental, cuando plantea la cuestión de por qué en el medioevo hombres y mujeres con mentalidad reformista dejaron pasar la oportunidad. ¿Por qué sucedió tan poco, cuan-

do existía una sed tan general de reforma? Hubo una tendencia a centrarse en abusos concretos: concubinato, obligación del coro para los clérigos y de residencia para los obispos.

En realidad, la mayoría de los que deseaban una reforma eran prisioneros del sistema, incapaces de reformar las estructuras mismas, recuperando así la concepción original. Reformar significaba, para ellos, simplemente poner en orden las estructuras existentes. Las cuestiones más profundas, las cuestiones a largo plazo, no fueron jamás planteadas. Se pararon en el borde mismo del manantial. La ocasión se perdió y una Iglesia herida sufrió una tragedia sin parangón.

Son esas cuestiones más profundas las que hay que plantear al buscar la unidad: ¿qué es lo que un deseo realístico reclama respecto a cambios en la estructura y procedimientos de la Curia? ¿Qué reforma de la Curia y qué adaptación a la «nueva situación» exigen los signos de los tiempos, el deseo de unidad, la colegialidad, la diversidad cultural, la nueva tecnología? ¿Qué es lo que demanda todo esto del mismo Papa?

En 1522 el Papa Adriano VI envió al Nuncio Chieregati a la Dieta de Nürenberg con las siguientes instrucciones: «Diga que reconocemos sinceramente que Dios permite esta persecución de su Iglesia a causa de los pecados de los hombres, en especial de los prelados y del clero (...). Por esto, en nuestro nombre, prometa que nosotros aplicaremos toda la diligencia en refor-

mar sobre todo la Curia Romana». Lo que aquí dice Adriano VI continúa siendo hoy de capital importancia: el poder de la Curia Romana y la necesidad de su reforma.

Una semana antes de la apertura de la segunda sesión del Vaticano II (21.9.1963), Pablo VI afirmó la importancia para la Iglesia de una auténtica y continuada reforma de la Curia Romana: «Hemos de aceptar las críticas con humildad y reflexión y admitir lo que se nos indica acertadamente. Roma no necesita adoptar una postura defensiva ni ha de hacer oídos sordos a observaciones que provienen de fuentes respetables, tanto más si se trata de amigos y hermanos. La llamada a la modernización de las estructuras jurídicas y a la profundización de la conciencia espiritual no ha de encontrar resistencias en el centro de la Iglesia, en la Curia Romana. Más bien la Curia está en primera línea de la perenne reforma de la que la misma Iglesia, como institución humana que es, necesita siempre».

Dos años más tarde (28.10.1965) el Vaticano II en su Decreto sobre el ministerio pastoral de los Obispos reclamaba la reforma de la Curia.

Aunque la Curia existía de alguna manera en los tiempos de Gregorio I (siglo VI), tal como hoy la conocemos se remonta a Sixto V (1588). La cuestión que nos ocupa va más allá del estilo personal del Papa. El problema es también sistémico. Curia y Papa no pueden estar completamente separados.

Es evidente que el Papa no podría cumplir sus responsabilidades de comunión y comunicación con más de tres mil obispos y diócesis y con una amplia gama de culturas y de lenguas sin la Curia. Pero juntamente hay que admitir que los cambios que el Papa puede decidir personalmente pueden sufrir recortes, retrasos o incluso fracasar por la intervención de sectores de la Curia que no están de acuerdo.

Basta recordar que poderosos sectores de la Curia se opusieron decididamente a la convocatoria del Vaticano II. En el discurso a la Curia del 21.9.1963, Pablo VI les decía a los miembros de la Curia que, si antes habían existido resistencias, era ya tiempo de dar público testimonio de la solidaridad de la Curia con el Papa y con los objetivos del Concilio. En cierto grado, el Papa depende de la Curia para la efectividad de su relación con el Colegio de obispos.

Diversidad

Mi experiencia personal con la Curia Romana me ha permitido constatar la gran diversidad de su composición. Me he encontrado allí con mujeres y hombres de gran inteligencia, amplia experiencia, visión clara y vida ejemplar. Muchos miembros de la Curia sirven a la Iglesia con extraordinario desinterés y sin que se les agradezca gran cosa.

Pero no cabe esperar que en una Curia en la que trabajan unas tres mil personas todos posean esas cualidades en el mismo gra-

do. Algunos son muy estrechos, con una experiencia limitada, sobre todo pastoral. La experiencia pastoral proporciona una hermenéutica para los reglamentos y leyes, equidistante de una indiferencia que roza la desobediencia y de una aplicación rígida. Las leyes asumen un valor más real cuando, aplicadas a conciencia, tienen en cuenta a las personas con nombres y rostros, a su historia y a su drama personal.

Sin embargo, hay que reconocer honestamente que la principal dificultad con la que topan muchos ortodoxos y otros cristianos no son tanto algunas cuestiones doctrinales y ni siquiera hechos históricos desafortunados, sino la manera como la Curia trata los asuntos. Y hay que decir también que esto preocupa en todas partes. Los recientes acontecimientos en Suiza, Austria, Alemania y Francia, en Brasil, en África y en los Estados Unidos indican cuán extendida está dicha preocupación. Esta preocupación tiene que ver con el nombramiento de obispos, con la aprobación de documentos como el Catecismo de la Iglesia Católica, con el progresivamente decreciente número de sacerdotes y la cuestión afín del celibato sacerdotal, con el rol de las conferencias episcopales, con el rol de la mujer y la cuestión de su ordenación.

Dos temas están involucrados en estas cuestiones: la decisión de la Santa Sede sobre una cuestión concreta y la manera como dicha decisión se implementa. Por ejemplo: ¿se imponen tales

decisiones sin consultar al episcopado y sin un diálogo apropiado? ¿se designan los obispos contra la abrumadora opinión en contra del pueblo y del clero de una determinada diócesis? Si se responde afirmativamente, habrá serias dificultades para la unidad de los cristianos.

El cambio más importante en la reforma estructural requerida por la «nueva situación» sería idealmente la ampliación de los grupos de trabajo. Así, por ejemplo, una comisión podría tener tres presidentes: uno en representación de la conferencia episcopal, otro en representación de la Curia y un tercero que fuese laico. Bajo esta presidencia de tres miembros, la comisión, como grupo de trabajo, podría estar integrada por obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, y laicos. La comisión, a la que habría que darle un plazo máximo de tres años, tendría autoridad para consultar expertos en las distintas áreas. El Papa y las conferencias episcopales serían informados del progreso de los trabajos. Cuando el trabajo se hallase en un estado en el que el Papa indicase que podría aceptarlo, las conclusiones pasarían a los presidentes de las conferencias episcopales para su aprobación y finalmente al Papa. Sería el momento en que el Papa con las conferencias episcopales podrían crear una comisión para supervisar la aplicación de la reestructuración, la cual informaría periódicamente al Papa. Tanto el trabajo como las conclusiones de las comisiones deberían ser públicas.

El sistema curial y el episcopado

La colegialidad es posesión firme de la Iglesia: fue afirmada explícitamente por el Vaticano II y es a menudo invocada por Juan Pablo II. En todo diálogo realístico sobre el Primado hay que considerar cómo se vive la colegialidad y cómo, no puramente en teoría, sino también de hecho, la Curia Romana —una estructura administrativa— se relaciona con la colegialidad —una doctrina de fe— y la promueve.

La Curia es el brazo del Papa. Pero corre el peligro de considerarse como un *tertium quid*. Entonces, en vez de la estructura dogmática —Papa y Colegio episcopal— surgiría una nueva estructura: Papa, Curia y Episcopado. La Curia puede así considerarse como ejerciendo supervisión y teniendo autoridad sobre el Colegio de obispos. En la medida en que esto sea sí y se refleje en el modo de actuar de la Curia, se oscurece y reduce tanto la doctrina como la realidad de la colegialidad episcopal. En cambio, el Vaticano II señala explícitamente que la Curia está al servicio de los obispos (Decreto sobre el ministerio pastoral de los obispos, n° 9).

El mismo peligro existe también respecto a los Nuncios, los cuales fácilmente pueden asumir un excesivo poder directivo sobre el episcopado del país, mermando así la auténtica colegialidad de dicho episcopado. Naturalmente, los Nuncios pueden también ser fuente de firmeza para episcopados amenazados, animándolos y respaldándolos,

cuando adoptan posturas de denuncia de la injusticia y la opresión. Y pueden asimismo desempeñar un rol efectivo de reconciliación en países en los que el episcopado se halle dividido.

Colegialidad y magisterio

Hace ya algunos años, el futuro Cardenal Ratzinger escribía que lo que la Iglesia necesita es «no aduladores que alaben el *status quo*, sino hombres cuya humildad y obediencia no sean menores que su pasión por la verdad, hombres que hagan frente a todo malentendido y ataquen dando testimonio, hombres que, en una palabra, amen más a la Iglesia que el curso fácil y seguro de su propia carrera personal».

Con este espíritu y en pro del diálogo honesto y fraternal pedido por el Papa desearía trazar algunas líneas para ilustrar cómo la forma de ejercer el Primado así como el sistema curial poseen un gran alcance para toda esperanza realística de unidad.

Pongamos como ejemplo la traducción inglesa del Catecismo de la Iglesia Católica. Dicha traducción fue realizada por los mismos que intervinieron en la preparación del Catecismo dentro del área de habla inglesa. Surgieron objeciones a la traducción. Y la Congregación para la Doctrina de la Fe dispuso que se hiciese una nueva traducción. No sirvió de nada que la mayoría de los Cardenales de habla inglesa que estaban en activo se opusiesen con todas sus fuerzas a una nueva traducción. Esto sugiere que los

Cardenales y los Obispos de habla inglesa no son competentes a la hora de juzgar si es o no apropiado y exacto un documento eclesástico en su propia lengua. Esto reduce la colegialidad.

Añadamos a esto que una colegialidad que consiste casi exclusivamente en aceptar las decisiones de una autoridad superior es una colegialidad muy mermada. La pregunta es aquí: ¿Responde verdaderamente a la voluntad de Cristo una colegialidad tan mermada? ¿Cómo responde a la «nueva situación»? Así, por ej., los obispos y las conferencias episcopales tienen la impresión de que algunos problemas graves como la contracepción, la ordenación de mujeres, la absolución general y el celibato del clero son cuestiones cerradas que no cabe debatir.

El Papa no es meramente un miembro del Colegio episcopal. Es miembro y cabeza. Nadie que entienda esto negará al Papa el derecho de enseñar por propia iniciativa, cuando lo crea necesario u oportuno. Esto supuesto la pregunta es aquí: ¿Cuándo y bajo qué circunstancias debería ejercer prudentemente tal derecho? Cuando se plantean estas cuestiones parece como si uno no fuese leal al Papa o tuviese poca fe. Pero la cuestión no es de fe o lealtad, sino de prudencia u oportunidad. Todo lo contrario: plantear tales cuestiones respetuosa y honestamente es, en realidad, signo de fe y lealtad.

El lugar de la prudencia

En el siglo pasado, tanto en

Roma como en Inglaterra, hubo quienes pensaban que a Newman le faltaba la fe católica y era desleal al Papa, porque puso objeciones a la oportunidad de la definición de la infalibilidad papal. Hoy Newman está en proceso de canonización como santo de la Iglesia Católica. El propio Newman distinguía entre la verdad de una definición dogmática y la prudencia del Papa en proclamarla. Esto nos muestra que, cuando se enfatizan los aspectos doctrinales del ejercicio del Primado, se descuida el lugar que ocupa la prudencia en dicho ejercicio. ¿Qué es lo prudente en un determinado tiempo de la historia?

Dado que es doctrina constante de la Iglesia que los obispos son maestros de la fe, estaría más en consonancia con esta verdad de fe el que a los obispos se les consultase, no sólo individualmente, sino también integrando las conferencias episcopales, antes de que se proclamasen declaraciones doctrinales o se tomaran decisiones obligatorias de naturaleza disciplinar o litúrgica. Así la colegialidad sería activa y no meramente pasiva.

Si es verdad que a Pedro Cristo le encargó «confirmar» a sus hermanos, también lo es que, en momentos difíciles, los hermanos apoyaron a Pedro. Éste sería el caso, según algunos intérpretes, de Jn 21. Al decir Pedro «voy a pescar», expresaría su voluntad de volver a su oficio de pescador. El «vamos contigo» de los demás expresaría su voluntad de ayudarlo en un momento difícil.

Si como la cosa más normal

se consultase a los obispos, éstos podrían prestar el mejor apoyo al Papa, podrían ayudar a descubrir el sentir de la Iglesia en una determinada cuestión y a formular una enseñanza. Así el Papa no tendría que llevar el peso él solo.

Esta participación de los obispos podría lograr una recepción más pronta por parte del pueblo. El antiguo principio canónico «Lo que afecta a todos ha de ser aprobado por todos» es una muestra no sólo de prudencia, sino también de comprensión de la naturaleza humana.

Newman pedía que, en materia doctrinal, se consultase no sólo por prudencia, sino también por caridad. Él decía: «En temas teológicos, ni siquiera en el siglo XIX podemos ir en tren. Debemos ser pacientes por dos razones: primero para alcanzar la verdad nosotros mismos y luego para lograr que otros la alcancen con nosotros».

El Sínodo internacional

El Sínodo de los obispos es otro ejercicio de colegialidad. Pero no ha respondido a las expectativas. Se lo concibió como la forma de que los obispos del mundo, junto con el Papa, trataran de los problemas más importantes de la Iglesia. Actualmente el tema del Sínodo es determinado por una pequeña comisión de unos quince, entre Cardenales y Obispos, elegidos por el Sínodo, los cuales presentan su propuesta al Papa. En definitiva es el Papa el que escoge el tema. Expresaría mejor la colegialidad encargar a

los presidentes de las conferencias episcopales que recaben el parecer de sus respectivas conferencias, para luego reunirse los presidentes y escoger tres temas por orden de prioridad. El tema que recibiese más votos sería el que se presentaría al Papa para su aprobación.

Muchos obispos tienen la impresión de que temas que ellos desearían discutir responsablemente no pueden aflorar. A los ya mencionados hay que añadir el divorcio, las segundas nupcias y la recepción de los sacramentos. No me pronuncio aquí sobre ninguno de estos temas. Mi interés se cifra en subrayar que los temas que más preocupan en la Iglesia no pueden ser discutidos por los obispos, una de cuyas funciones es juzgar en materias de fe.

Una discusión libre es aquella en la que no se cuestiona ni la ortodoxia ni la lealtad al Papa de los que intervienen. En el Sínodo, de forma sutil y a veces directamente, se les comunica a los obispos la posición de la Curia en estos temas y se les intimida. Además se deja en claro que determinadas recomendaciones no se le pueden hacer al Papa en la conclusión del Sínodo.

Como responsables de la unidad que son, los obispos, perplejos, guardan silencio. Los obispos tienen también una gran fe y un gran respeto por el Papa y no desean ponerle en aprietos con la apariencia de conflicto.

Los procedimientos del Sínodo son anticuados y no se ajustan a la colegialidad en su sentido pleno. El voto deliberativo y no

meramente consultivo haría del Sínodo un acto más auténticamente colegial. Y esto representaría un mayor incentivo también para la unidad.

Habría que recuperar la importancia de los Concilios ecuménicos en la vida de la Iglesia. En el siglo XV el Concilio de Konstanz decretó que debía convocarse regularmente Concilios cada diez años. Si esto se hubiese cumplido, acaso la historia de la Reforma habría sido distinta.

Un concilio es un testimonio de la unidad de toda la Iglesia, de los obispos con el Papa y del Papa con los obispos. Es un testimonio de que, en medio de las certezas de la fe, la Iglesia no tiene respuestas por la vía rápida y que la búsqueda de la verdad requiere esfuerzo.

En el mundo actual resulta difícil precisar con qué frecuencia debería convocarse un concilio. Pero dada la gravedad de los problemas que afronta la Iglesia y de las oportunidades que se le presentan —la rapidez de los cambios, la facilidad de comunicaciones, la gran diversidad de culturas—, creo que sería un gran beneficio para la unidad y la efectividad de la Iglesia si un concilio marcara el inicio del nuevo milenio. No estaría mal que dicho concilio deliberase sobre la frecuencia de los concilios en la «nueva situación».

La inculturación de la liturgia es otra fuente de tensión en muchos episcopados. Con su hiebertismo y su mesura, el rito romano atrae a mucha gente y con razón. Pero hay otras culturas que no se

sienten a gusto con ese estilo.

Con ocasión del Sínodo o del Concilio, los obispos tendrían la oportunidad de encarar esta cuestión más abiertamente y a la luz de su propia experiencia. Con todo, las diferencias culturales no son lo único que ha de entrar en consideración. Hay una humanidad común, compartida por todos los pueblos, que reconoce la necesidad de la adoración y del reconocimiento de la trascendencia de Dios. Además la Iglesia tiene necesidad de algunos signos y prácticas comunes que expresen su universalidad y su comunión.

El oficio de gobernar

Hay que tratar del nombramiento de los obispos. Tal como lo tenemos en los Estados Unidos, el proceso comienza cuando un determinado obispo presenta nombres de candidatos, para que el asunto sea discutido en la reunión de obispos de la respectiva demarcación eclesiástica.

La reunión, en la que se discuten con estricta confidencialidad las cualidades de los candidatos, concluye con una votación. El resultado de la misma, junto con toda la información recogida, se envía al Nuncio, el cual, a su vez, lo pasa a la Congregación romana para los obispos, añadiendo su propio criterio. Generalmente éste pesa más en Roma que el de los obispos locales. Luego todo el dossier es presentado a una reunión de unos quince miembros —entre Cardenales y Obispos— de la Congregación para los obispos, la cual discute la cuestión.

No siempre, pero sí normalmente, avala el candidato propuesto por el Nuncio. Una vez presentado el resultado al Papa, éste hace personalmente la selección final.

No es infrecuente que los obispos locales descubran que ninguno de los candidatos propuestos por ellos ha sido aceptado. Y puede muy bien suceder que candidatos que no recibieron la aprobación de los obispos sean justamente los nombrados. Han sido nombrados religiosos sin el conocimiento de sus Superiores y sacerdotes diocesanos sin que su propio obispo haya sido consultado. En estas condiciones la colegialidad se reduce a hacer sugerencias. Pero las decisiones se toman a otros niveles: Nuncio, Congregación de los obispos y Secretaría de Estado.

Ciertamente que existen razones a favor del procedimiento actual. Libra el nombramiento de obispos de las facciones y de las presiones locales. Evita el desarrollo de grupos de presión. En algunos casos excluye la posibilidad de que el Estado se entrometa.

Sin embargo, el diálogo honesto y fraternal me obliga a preguntar si no ha llegado el tiempo de introducir algunas modificaciones en el procedimiento, de forma que las Iglesias locales tengan un rol sustantivo en el nombramiento de obispos. Con la particularidad de que, conforme al Vaticano II, la participación de las Iglesias locales deberían incluir a sacerdotes, religiosos y religiosas y seglares.

Una serie de circunstancias históricas —revolución francesa,

unificación de Italia, entre otras— hicieron que en el siglo pasado Roma fuese asumiendo directamente la responsabilidad en el nombramiento de obispos. Pero esto no significa que sea prudente continuar así en el futuro. Se trata de una práctica que evidentemente no viene requerida por la naturaleza del Primado y que sólo por circunstancias históricas se ha desarrollado.

Subsidiariedad

Estrechamente ligado con la colegialidad está el principio de la subsidiariedad. «Subsidiariedad» proviene del latín *subsidium*, que significa «ayuda», «apoyo». El principio de subsidiariedad implica que un cuerpo social más amplio y con más recursos no absorbe por procedimiento las funciones de cuerpos más pequeños y con menos recursos, sino que les ayuda y apoya para que sean capaces de cumplir su propio rol.

Fue Pío XI el que en 1931 en su Encíclica *Quadragesimo Anno* enunció por primera vez este principio. Pero fue Juan XXIII el que con su *Mater et Magistra* hizo que fuese más ampliamente conocido. En ambos casos, sin embargo, el principio se aplicaba a la sociedad secular.

Pero en un discurso, poco citado, de 1946 Pío XII estableció explícitamente que el principio de subsidiariedad se aplica también a la vida interna de la Iglesia. Tras recordar lo que Pío XI había afirmado sobre el principio de subsidiariedad Pío XII prosigue: «Este principio se aplica a todos

los niveles de la vida en sociedad, así como a la vida de la Iglesia, sin que obste su estructura jerárquica».

Un estudio a fondo de ese discurso de Pío XII muestra que el principio de subsidiariedad no constituye para la Iglesia algo meramente secundario o una mera ocurrencia del momento. Lo que el Papa afirma es central. De hecho, la subsidiariedad ha sido, para la Iglesia, una preocupación continua.

Un distinguido miembro de la Curia, el Arzobispo Giovanni Benelli, cuando actuaba como sustituto del Secretario de Estado, hizo esta observación: «Una cosa es el poder de jurisdicción del Papa sobre toda la Iglesia y otra muy distinta la centralización del poder. La primera es de derecho divino; la segunda el resultado de circunstancias humanas. La primera ha producido muchos bienes; la segunda es una anomalía».

Hace una treintena de años que esta preocupación se expresa de distintas formas. Como ejemplo, en el prefacio del *Código de Derecho Canónico* de 1983 leemos que uno de los importantes principios que está subyacente al nuevo texto es «el principio de subsidiariedad, el cual debe aplicarse más aún en la Iglesia, porque el oficio de los obispos y sus poderes son de derecho divino».

A fin de hacer justicia a la declaración de Pío XII, al Vaticano II y a los subsiguientes documentos, por no hablar de las aspiraciones tanto de católicos como de otros cristianos, muchos de los procedimientos actuales implicados en

la «forma de ejercer el Primado», así como la Curia Romana exigen una mayor y más completa revisión. Esta debería reconocer la verdadera autoridad dada por Cristo a los obispos.

Amplios sectores tanto de la Iglesia Católica como de la Ortodoxa y de las demás Iglesias cristianas creen que en la Iglesia Católica no se practica de una forma suficientemente significativa ni la colegialidad ni la subsidiariedad. Hay que quitar de en medio este obstáculo que impide la unidad de los cristianos. En la *Ut Unum Sint* el propio Juan Pablo II afirma: «Hemos de poner todo nuestro esfuerzo para satisfacer los legítimos deseos y las expectativas de nuestros hermanos cristianos, procurando conocer su forma de pensar y sus sensibilidades (nº 87).

Los dos Pedros

En una entrevista televisada me preguntaron una vez: «Cuál es la fuerza de la Iglesia Católica». Lo primero que mencioné fue el Papa. Pensaba en cómo surgió el Vaticano II. La Iglesia y el mundo experimentan hoy graves crisis. Una y otro sufren profundos cambios. Pero la Iglesia Católica se hallaría en una situación más grave y caótica, si Juan XXIII no hubiese convocado el Vaticano II y no hubiese proporcionado a la Iglesia un compás de espera en esta turbulenta época.

El Vaticano II es un testimonio de la importancia del Papa para la existencia y el bienestar de la Iglesia. Si no hubiera habido Papa,

los obispos no se hubieran reunido. Fue la visión de un Papa con auténtica autoridad la que convocó el Concilio. Y creo que es también muy improbable que hubiéramos tenido una Encíclica como *Ut Unum Sint*, con su candor y su apertura, si no hubiera habido el Concilio.

Ni las fuentes de la Revelación ni los hechos de la historia actual nos presentan un Papa idealizado exento de las limitaciones y de los fallos humanos. Más bien el NT, la teología y el arte cristiano nos presentan dos imágenes de Pedro: Pedro, el primero entre los Apóstoles, y Pedro ser humano débil, Pedro penitente. El diálogo ecuménico tiende a ocuparse del primero. Pero no hay que olvidar al segundo.

Cuando hablamos de las dimensiones humanas del que ocupa el puesto de Pedro, no hablamos necesariamente de fallos morales, como en el caso de Pedro que negó a Cristo. Hablamos de lo que es inherente al ser humano: la limitación. Aunque el Papa sea un ser humano perfecto y un perfecto cristiano, no deja de ser un ser limitado.

Al considerar el oficio del Papa y su llamada a la unidad, nos enfrentamos con una verdad que nos desafía: no podemos diferir la unidad hasta que haya un Papa que colme las expectativas de todo el mundo. No podemos tener secuestrada la unidad hasta que haya un Papa perfecto en una Iglesia perfecta. La unidad de los cristianos requiere sacrificio. Pero el sacrificio no han de hacerlo sólo los que desean la plena

comunidad con la Iglesia católica, sino todos. Porque, como dice la Escritura: «Por vosotros se ha pagado un precio» (1Co 6,20). Precio que todos nosotros hemos de devolver. Porque también la unidad tiene un precio.

Gustavo Gutiérrez fue criticado por Roma por algunos aspectos de su obra sobre la teología de la liberación. Cuando los medios de comunicación le preguntaron sobre su reacción, dijo: «Mejor caminar con la Iglesia que con mi teología». Manifestó su profundo amor a la Iglesia incluso mientras sufría en sus manos.

Si pasamos revista a los casos específicos que hoy he planteado, resulta claro que en el fondo hay un tema que ha de ser abordado. El Papa Eugenio III había sido monje siendo Abad San Bernardo de Claraval. En la larga carta que le escribió con motivo de su elección le advertía: «Tú has sido más el sucesor de Constantino que el sucesor de Pedro». Esta advertencia se refería al aparato y la pompa con la que el Papa se presentaba en público.

Cuando el Vaticano II ha aportado una mayor simplicidad al papado moderno y Juan Pablo II ha introducido ulteriores simplificaciones, la advertencia de Bernardo nos recuerda la tensión existente entre los dos modelos que actúan en la Iglesia: el político y el eclesial. La preocupación fundamental del modelo político es el orden y, por tanto, el control. La preocupación fundamental del modelo eclesial es la comunión y, por tanto, el discernimiento en la fe de la diversidad de dones y de accio-

nes del Espíritu. La exigencia de orden y la de discernimiento han de coexistir siempre: no se puede aceptar una y rechazar la otra. Han de existir siempre en tensión. Pero sería un error eliminar la exigencia de discernimiento a favor de la exigencia de orden, convirtiendo así el modelo político y de control en bien supremo.

Pero, en definitiva, el problema real no es ni el estilo, ni las «formas» ni el «modo de ejercer» el Primado, por importante que todo esto sea. Pues en la Encíclica sobre la unidad de los cristianos se sobrentiende una cuestión que induce todas las demás. La cuestión definitiva que el Papa —y todos los que buscamos la unidad de los cristianos— debe plantear es a la postre: «¿Cuál es la voluntad de Dios?». La cuestión que hemos de plantear no es, en último análisis, una cuestión de gestión. No se trata de limar diferencias o de resolver disputas. La cuestión es: «¿Qué quiere Dios para Pedro?». Ésta es la cuestión que Juan Pablo II ha tenido el coraje de plantear y que afirma que lucha por ella y que sólo no puede darle respuesta.

Newman, que durante muchos años fue tratado muy mal por algunos obispos y por Roma, se nos presenta como ejemplo de búsqueda de la voluntad de Dios en medio de un gran sufrimiento personal infligido por los defectos humanos de los ministros de la Iglesia. Cuando se le preguntó si en la Iglesia Católica había encontrado lo que buscaba, respondió: «Yo no ansiaba ni esperaba ninguna satisfacción ni

ningún éxito. Yo no ansiaba ni esperaba otra cosa que hacer la voluntad de Dios».

El reto que nos plantea Juan Pablo II en el umbral del nuevo milenio es un signo de Cristo, que es comienzo y fin de toda historia humana. Él realiza aquellas palabras: «Mira, todo lo hago nuevo» (Ap. 21,5): cielos nuevos, tierra nueva y una nueva humanidad.

Mis reflexiones, pues, quieren ser una respuesta a la petición del Papa por parte de quien desea caminar con él en inquebrantable comunión de fe, de amor, y de

búsqueda costosa, para descubrir la voluntad de Dios. Es la respuesta de quien respeta el oficio y la persona del Papa, de quien ama a la Iglesia, de quien, nacido por el bautismo en el seno de la Iglesia, recibió de sus labios el nombre de Cristo.

Y lo que más importa: es la respuesta de quien pide a Cristo cada día lo que Newman pedía: «Que pueda recibir el don de la perseverancia, y morir, como he deseado vivir, en tu fe, en tu Iglesia, en tu servicio y en tu amor».

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA

La aportación del Papado en la Iglesia no obedece a una legislación particular dada por Jesucristo, sino a las vicisitudes de una historia en la que la Iglesia va comprendiendo que necesita una autoridad para conservar su unidad y su identidad. Y que la necesita más cuanto más amplia es ella y más compleja y empecatada la realidad. Es natural que, al ir buscando ese ministerio de autoridad, la Iglesia consulte sus propias Fuentes. Y entonces, tanto la posición otorgada a Pedro por Jesús entre los Apóstoles, como el respeto ganado en sus comienzos por la primitiva Iglesia romana (no sólo por su origen, sino también por sus actuaciones concretas) suministran caminos a esa necesidad. Esos caminos se van formulando de manera más mitológica (o teológica) que histórica, como suele ocurrir en todas las instituciones. Y sólo entonces es cuando se recurre a tesis que han sido comunes hasta hace poco en la eclesiología católica; un primado de jurisdicción otorgado por Jesús a Pedro; una decisión de Jesús de que esa jurisdicción pasara de Pedro a sus sucesores: la visión de Pedro como primer obispo de Roma y --por consiguiente-- de los diversos obispos romanos como «sucesores» suyos.

J.I. GONZÁLEZ FAUS, *Algunos libros últimos sobre el ministerio de Pedro*, Actualidad Bibliográfica 34 (1997) 7.